

YA NO TAN DISTANTE:

Recepción y presencia de la historiografía alemana en la España democrática*

Carlos Forcadell
Universidad de Zaragoza

En recuerdo de Juan José Carreras

Los «hispanismos», europeos y americanos, han operado tradicionalmente como eslabones entre las diferentes historiografías nacionales y la propia de la cultura española, y hoy, en el marco de una historia crecientemente global, se impone cada vez con más evidencia la necesidad de relacionarlos con el proceso general de circulación de relaciones e influencias historiográficas.

En efecto, los diversos hispanismos han venido actuando, hasta hoy mismo, como correa de transmisión de planteamientos historiográficos, de sucesivas renovaciones temáticas y metodológicas de las distintas tradiciones historiográficas nacionales, trasladadas a temas hispánicos, lo que facilitaba y constituía una vía natural para su recepción por la historiografía española.

Esto fue muy evidente en el caso del muy consolidado hispanismo francés, que ha ido contribuyendo, desde los primeros *Annales* hasta la historia cultural o postestructuralista, a la transferencia, circulación, adaptación, influencia de la dinámica historiográfica francesa en el quehacer de los historiadores españoles, al desarrollo y despliegue de la propia historiografía española. Una intensa influencia favorecida por la existencia de muy numerosas cátedras y departamentos de Historia de España, de la Civilización Española, de Estudios Hispánicos, etc., en los que se están jubilando ahora, además, hijos o descendientes de exiliados

* El presente texto procede de la correspondiente intervención presentada en el congreso «Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)» celebrado en Módena en noviembre de 2009; fue organizado por la Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia, la Fundación José Ortega y Gasset y el Istituto di Studi Storici G. Salvemini de Torino y sus actas están pendientes de una edición en italiano a cargo de la Universidad de Módena y del coordinador del congreso, profesor Alfonso Botti.

o emigrados españoles. Una historiografía, la francesa, tradicionalmente muy próxima y vecina, por tanto.

Notable ha sido también la influencia de la historiografía británica, aunque en este caso, la práctica historiográfica del hispanismo, desde Raymond Carr, haya constituido una tradición en la que se privilegia la primacía de lo político y del relato. Otras corrientes, como la historiografía social británica, se hicieron presentes mediante el instrumento de una política sistemática de traducciones de indudable influencia en el mercado editorial y cultural español desde principios de los años 80, y en la propia historiografía española, en los temas preferentes y en los modos en que eran abordados por los jóvenes historiadores españoles de las dos últimas décadas del pasado siglo.

En este marco, la historiografía alemana ha sido, como se ha escrito, más «distante e intermitente». El hispanismo alemán ha constituido una disciplina, no inexistente, pero históricamente de menos alcance e institucionalización que la francesa o la británica: no hay cátedras de Historia de España, las enseñanzas e investigaciones están cobijadas en departamentos de Historia de Europa del Sur, en actividades del clásico Instituto Iberoamericano de Berlín, nacido en 1930 y cuya biblioteca ha alcanzado renombre internacional; a ello se añade el hecho de la escasez de traducciones de obras fundamentales de la historiografía alemana de las últimas décadas, o la razón de la mayor lejanía de la lengua, y alguna otra explicación que aventuraremos más adelante.¹

La ausencia crónica de manuales universitarios o de alta divulgación, al estilo de los existentes en el hispanismo francés o en la historiografía anglosajona, solo se remedió con la publicación en 1990 de la síntesis de Bernecker *Sozialgeschichte Spaniens im 19. und 20. Jahrhundert. Von Ancien Régimen zur Parlamentarischen Monarchie* (1990), traducida al castellano en 1999 y de la que acaba de salir una nueva edición actualizada, con un capítulo añadido sobre la historia más reciente de las dos últimas décadas.²

Desde los años noventa hay un interés creciente por la historiografía alemana, cuya recepción se va haciendo más visible, aunque tanto la difusión de la misma como su impacto concreto en la práctica de los historiadores españoles son más limitados, en comparación con los de los referentes francés o anglosajón. Y de esta presencia e influencia veremos dar cuenta aquí, desde el presupuesto de que se ha intensificado en las últimas décadas, aunque tiene menos visibilidad, sus efectos son

¹ Juan José Carreras, «Distante e intermitente: España en la Historiografía alemana», *Ayer*, 31 (1998), pp. 267-279. Para la recepción de la historiografía francesa *vid.* el repertorio de Benoît Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002.

² Walther Bernecker, *España entre tradición y modernidad. Política, economía, sociedad (siglos XIX y XX)*, Madrid, Siglo XXI, 1999; la segunda edición de 2009.

más difusos o minoritarios, y sus vías y formas de recepción son de más difícil reconstrucción.

De lo que se trata es de reconstruir los hilos de la presencia de la historiografía alemana entre nosotros, que vienen de más lejos de lo que nos pensamos. Valga como ejemplo el hecho de que a nadie se le ocurre relacionar a José María Jover, una de las figuras constituyentes del propio contemporaneísmo español, con influencia germánica alguna. Pues no es muy conocido que Jover pasó bastantes meses en 1961 en la Universidad de Freiburg, o que se ha trabajado en el Archivo de la Fundación March con la memoria justificativa que de su estancia remitió Jover a la comisión de becas de la March, un documento extenso y ampliamente razonado, en el que explicaba que su tema de trabajo había consistido en estudiar las tendencias actuales de la historiografía alemana en el campo de la Historia Contemporánea, una historiografía que, a su juicio, tenía el mérito de que mantenía viva la historia del estado y la historia de las ideas «en lugar de lanzarse unánimemente por las rutas de la historia económico-social», cuando todo el mundo en España entendía por novedad seguir la estela de los Annales en los primeros años sesenta. También le preocupó enterarse de la organización de los estudios de Historia Contemporánea en Alemania, lo que le llevó a conocer el Institut für Zeitgeschichte constituido a fines de los años 50 en Munich, dirigido por Walter Goetz. Como dice Rothfels, y cita Jover en ese documento, «es un deber de los historiadores el escribir la historia de nuestra época», para evitar que la improvisen los publicistas. J.M. Jover estaba gestando su tránsito de modernista a contemporaneísta. Además da cuenta de su proyecto de escribir una historia de España en el XIX y parece convencido de la necesidad de salvaguardar en el relato historiográfico «la autonomía de la esfera histórico-cultural».³

Jover buscaba en la Alemania cristiano-demócrata de Adenauer y en la tradición historiográfica germana algo que no podía encontrar en el annalismo y estructuralismo franceses o en las tradiciones marxianas cultivadas en Gran Bretaña o en Francia. Se podría aventurar la hipótesis, tras una consulta muy superficial, de que en el plan editorial, temático y metodológico que aplica desde 1975 a la dirección de la *Historia de España* de Espasa-Calpe, incluso en el diseño de sus tomos, están muy presentes las grandes colecciones de historia alemanas, que conoce bien, el *Handbuch der Europäischen Geschichte* dirigido por Th. Schieder, el clásico *Handbuch der Deutsche Geschichte* de Gebhardt, cuya 8ª edición (a cargo de Herbert Grundmann) se publicó entre 1954

³ Ignacio Peiró, «La metamorfosis de un historiador: el tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover», *Jerónimo Zurita*, 83 (2007). Jover escribe la «Introducción» al tomo XI de la *Historia Universal* de Walter Goetz («En los umbrales de una nueva edad») traducido al castellano en 1968.

y 1970..., unas referencias que contribuyen a explicar la especial atención del historiador español al estado, a la política del estado, a las relaciones exteriores, a la cultura..., y no tanto a la historia social y política, para la que soplaban mejores vientos en otras latitudes, o comenzaba a convencer más a su colega Vicens Vives, con quien polemizó en los años cincuenta, como posteriormente con algunos de sus discípulos.⁴

Jover, pues, estaba al tanto de la historiografía alemana, lo cual explica que cuando un historiador buen conocedor y difusor de la misma entre nosotros hasta fechas recientes, Juan José Carreras, tras una larga estancia en el Historisches Seminar de Heidelberg que comenzó en 1954, visitó la redacción de la revista *Hispania* a mediados de los sesenta para ver si conseguía publicar algo que facilitara su regreso –dirigida entonces por fray Justo Pérez de Urbel–, solo encontró acogida en José María Jover, «el único que sonreía» en la sede del CSIC de Medinaceli, 4, según sus recuerdos, quien además le encargó recensiones sobre obras recientes y significativas de los historiadores alemanes; muy coherentemente, Juan José Carreras eligió, para debutar, la presentación de obras representativas de la historiografía alemana reciente, escribiendo una amplia reseña sobre «La Gran Depresión como personaje histórico», en la que presentaba la obra de Hans Rosenberg sobre *La gran depresión. Desarrollo económico, sociedad y política en la Europa central* (1967), un discípulo de Meinecke en la época Weimar, pero uno de sus «emigrierten Schüler» como judío, hasta su retorno a la universidad alemana hacia 1950; su obra es considerada como precedente directo de la Nueva Historia Social alemana desde los años sesenta, con la que enlaza –como con la de Rothfels, Hintze, el malogrado Kehr...– el primer patrón de la Sozialgeschichte, Hans Ulrich Wehler; Carreras también publicó una segunda y amplia reseña sobre «Prusia como personaje histórico», un material de introducción de los aspectos más renovadores de la historiografía alemana que, recuerda Elena Hernández Sandoica, Jover les hacía conocer y trabajar en los cursos de doctorado hacia 1975.⁵

De modo que la influencia, o presencia, de la historiografía alemana entre nosotros puede hacerse más visible de lo que parece si se rastrea convenientemente. La atención de los historiadores alemanes sobre España no era nueva, por otra parte, como bien conocen los «hispanistas»

⁴ El volumen 6 del Handbuch dirigido por Th. Schieder sobre *Europa im Zeitalter der Nationalstaat und Europäische Weltpolitik bis zum ersten Weltkrieg* se publicó en 1968, Stuttgart, Union Verlag.

⁵ Elena Hernández Sandoica, «De Hans Rosenberg a Hans-Georg Gadamer. Mi memoria de Juan José Carreras», en Carlos Forcadell (ed.), *Razones de Historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2009, pp. 197-205; en el mismo volumen memorial Emilio Lledó reconstruye sus tiempos comunes de formación en la Universidad de Heidelberg a mediados de los años cincuenta en «El río de la memoria», pp. 33-40.

alemanes, y como es lógico si se tiene en cuenta el papel fundacional que en la construcción de la historia como disciplina tuvieron los historiadores alemanes desde mediados del XIX y el atractivo que ejercieron sobre la primera historiografía profesional española. Pero de lo que se trata ahora es de establecer y evaluar esta influencia a partir de la «ruptura historiográfica» contra la vieja tradición historicista y conservadora que se produce desde los años setenta en Alemania, uno de cuyos protagonistas es Hans Ulrich Wehler, el director de la colección de Suhrkamp en la que se publicó la síntesis de historia social de España de Bernecker en 1990.

Porque hasta fechas muy recientes la historiografía alemana que podía influir en la española a través del eslabón, bien que más débil, del hispanismo germano era muy conservadora metodológica y políticamente. Si nos permitimos una referencia personal, yo era becario del DAAD a fines de los setenta en la Universidad de Heidelberg y recuerdo haber comprado algún volumen correspondiente a la época contemporánea del prestigioso *Handbuch der europäischen Geschichte* (en edición de 1979), encontrándome con la no pequeña sorpresa de que los capítulos relativos a los países ibéricos estaban a cargo del profesor de Colonia Richard Konetzke (1897-1980), otro discípulo de Meinecke, con el que hizo una tesis sobre la política exterior del Conde de Aranda, pero no emigrado, sino adaptado desde el nazismo; sostenía que «el virus de la demagogia destruyó a la primera república» y, cuarenta años más tarde, el manual universitario más importante de entonces seguía justificando la sublevación militar de 1936 y describía con gran complacencia el régimen franquista, un régimen «liberado de las trabas del parlamentarismo». Konetzke, una pervivencia anacrónica, había ocupado en 1961 la recién creada cátedra de Historia Ibérica y Latinoamericana en Köln. Fue la historiografía alemana en su conjunto la que, en las décadas de posguerra, estuvo marcada por una clara continuidad con el pasado en un panorama plagado de complicidades y silencios y dominado por el deseo de ignorar el nazismo y el pasado reciente.⁶

Desde mediados de los setenta los historiadores alemanes comenzaron a investigar temas y a publicar estudios sobre la España contemporánea con bastante frecuencia, aunque no todos tuvieron el destino o la fortuna de ser traducidos; diversos aspectos de la guerra civil española fueron estudiados con interés, lo cual en parte era producto y reflejo de las nuevas preocupaciones de la historiografía alemana sobre el nazismo y su propio pasado reciente. De 1973 es la publicación de la tesis de Hans-Henning Abendroth sobre *Hitler in der spanischen Arena*,

⁶ Vid. Juan Jose Carreras, artículo citado en revista *Ayer*, 31 (1998), p. 275. El texto de Konetzke sobre la I República en el vol. VI; los relativos al franquismo en vol. VII, p. 399.

y de 1976 la de Wolfgang Schieder sobre *Der spanische Bürgerkrieg in der Internationalen Politik*. Los primeros estudios alemanes historiográficamente fundamentados sobre el franquismo en la República Federal Alemana reflejaban muy visiblemente la preocupación de los jóvenes historiadores sobre su propia historia. Son estudios tempranos sobre la participación de España en la II Guerra mundial: (Klaus Jorg Ruhl, 1975), buenas investigaciones sobre Falange (Meuser, 1995, Bocker, 1996), sin que falten tempranos estudios sobre la transición (Von Beyme, L. Meier...).⁷

La historiografía alemana sobre la guerra civil no deja de ser abundante, aunque sea mucho menos conocida en España que la escrita y publicada por historiadores británicos, norteamericanos o franceses. A fines de los sesenta y en los años setenta, el ambiente radicalizado de las universidades alemanas, el auge de los movimientos sociales de nueva izquierda y de las protestas estudiantiles y extraparlamentarias, suscitaron entre los jóvenes historiadores de entonces un vivo interés sobre temas como las colectividades en la España republicana, la revolución social, el anarquismo, la oposición política al franquismo..., e incluso una temprana atención a las oposiciones nacionalistas al franquismo, que comenzaron a ser abordadas por la nueva historia social alemana (H.J. Pühle, L. Mees...). Un testigo que captaba bien su época como H.M. Erzensberger publicó en 1972 la primera edición alemana de su *Corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Buenaventura Durruti*.⁸

Algunos de estos estudios pues, no todos, fueron objeto de una traducción que contribuyó a su conocimiento, pero por causa de su interés temático para lectores e historiadores españoles, e independientemente de la perspectiva historiográfica desde la que fueron planteados. Porque, a la vez y por las mismas fechas, y esto es lo importante, no se traducían las obras metodológicamente más relevantes que hubieran podido influir más profundamente en la historiografía española. En el terreno de la sín-

⁷ Klaus Jorg Ruhl, *Spanien in zweiten Weltkrieg. Franco, die Falange und das dritte Reich*, Hoffmann und Campe, Hamburg, 1975, obra que sí fue traducida al castellano: *España durante la segunda guerra mundial*, Akal, Madrid, 1986. Vid. en general Walther Bernecker, «La historiografía alemana sobre la guerra civil española», en Julio Arostegui (ed.), *Historia y memoria de la guerra civil*, Valladolid, Junta de Castilla y León, vol. I, 1988.

⁸ W. Bernecker, *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española*, libro de 1977 traducido al castellano en 1982, por la editorial Crítica; Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo de 1939 a 1982*, Barcelona, Crítica, 1983. Hans-Jürgen Pühle, «Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext» en Heinrich August Winkler (ed.), «Nationalismus und Arbeiterbewegung im spanischen Baskenland zwischen 1876 y 1923», en la revista *Geschichte und Gesellschaft*, 20 (1994); Ludger Mees leyó en Bielefeld una tesis doctoral parcialmente traducida en *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social 1903-1923*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1992.

tesis, el manual de Bernecker, ya de principios de los noventa, refleja bien las novedades temáticas y metodológicas de los nuevos historiadores alemanes, pero las obras de referencia fundamentales de la nueva historia social alemana no se tradujeron en su momento y permanecieron desconocidas, ajenas o lejanas a la historiografía española.

La historiografía alemana, como es conocido, experimentó un giro radical desde finales de los sesenta, y un notable despliegue sobre bases nuevas y opuestas a las tradicionales que maduró en la década de los años setenta. Se puso en pie una «Neue Sozialgeschichte» contra la vieja tradición conservadora e historicista. Historiadores tan determinantes como R. Koselleck, H.U. Wehler, J. Kocka, H.A. Winkler, H-J Pühle, agrupados en la universidad de Bielefeld desde 1971, patrocinaron y desarrollaron este camino del «historismus» a la «historische Sozialwissenschaft», una historia que propone la atención prioritaria a las estructuras y procesos de cambio social, sin olvidar el terreno de la política y del poder, bajo la sombra alargada de Max Weber.

Las principales obras de referencia de una nueva e influyente escuela de historiadores alemanes, los cuales volvieron a situar a la historiografía alemana en el centro del escenario que había abandonado desde los días de Weimar, no fueron traducidas en su momento al castellano; las razones de su desconocimiento por parte de unos historiadores españoles no menos jóvenes, que buscaban ansiosamente en el exterior modelos eficaces de análisis y relatos históricos, no se debieron sólo a la mayor distancia de la lengua alemana, lo cual, en todo caso hubiera debido ser un dato favorable a la traducción, en la medida en que era más frecuente entre nosotros leer en francés o en inglés.

La ausencia, en su momento, de algunas obras de referencia de la nueva historia social alemana en el mercado editorial español reflejaba también unas opciones historiográficas concretas por parte de quienes estaban en condiciones de intervenir en ese mercado, junto con un desconocimiento real de las obras de los historiadores sociales alemanes. Y así Josep Fontana podía escribir, en su influyente reflexión sobre la historia (1982) que «Historische Wissenschaft» es el pomposo nombre que recibe en la Alemania federal lo que no es «más que el viejo historicismo rejuvenecido con trasplantes de sociología conservadora norteamericana, controlado por el rígido sistema de vigilancias y censuras ideológicas heredadas del nazismo, que siguen en plena vigencia hoy», una historia social que «no tiene unos fundamentos teóricos propios, sino que se proclama ecléctica», y está inspirada por la sociología funcionalista.⁹

La desinformación y el error de juicio de Fontana en 1982, vistos desde hoy, eran descomunales, y así lo ha dado a entender en escritos

⁹ Josep Fontana, *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 172-173.

posteriores, pero tuvieron el efecto, en los años ochenta, de que las aportaciones de los historiadores alemanes, así entendidas, no merecían ser objeto de traducción al castellano, por lo que su conocimiento podía ser, en todo caso, perfectamente minoritario. La atención y el trato editorial preferentes iban destinados a la influyente historiografía social británica de raíz marxista para la que sí que hubo un cuidadoso programa de traducción y difusión (Rudé: a partir de *Revuelta popular y conciencia de clase*, 1981; Hobsbawm, desde *Rebeldes Primitivos*, 1983 y siguientes; E.P. Thompsom, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, ya en 1979, y posteriormente *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*, 1989...), libros y autores que no podía dejar de citar cualquier investigación que se pretendiera actual teórica o metodológicamente en muy amplios sectores de la historiografía española y durante mucho tiempo.

No se tradujo el libro seminal de H.U. Wehler sobre *Bismarck und der Imperialismus* (1969) que postulaba la historia como ciencia crítica de la sociedad –«kritische sozialgeschichte»– con explícita referencia a Habermas, ni su posterior *Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918*, lo mismo que ni se traducían ni se conocía en su momento la otra obra de referencia de los inicios de la nueva historia alemana, la de Kocka, 10 años más joven que Wehler: *Klassengesellschaft im Krieg. Deutsche Sozialgeschichte 1914-1918* (1973). El conocimiento de la revista *Geschichte und Gesellschaft*, fundada en 1975 como plataforma de una nueva escuela de historiadores con gran coherencia teórica, temática y metodológica, centrada en problemas específicos de la sociedad y de la política contemporánea en Alemania, entre 1870-1940 de modo principal, era, en todo caso, perfectamente minoritario.

Y ello a pesar de que los problemas que orientaban buena parte de esta historiografía alemana podían ser más identificables para una sociedad como la española entre mediados del XIX y mediados del XX, en la que las mediaciones estructurantes más significativas de la realidad histórica eran también unas relaciones sociales agrarias, y en la que se experimentaron procesos de reforzamiento del acceso a la tierra del pequeño campesinado, y fenómenos de integración de intereses de pequeños propietarios en la gran propiedad agraria, prácticas políticas y doctrinales corporativas... unos escenarios más próximos y familiares a la historia social y política contemporánea española que los cultivados por la historiografía británica, o francesa, sociedades nacionales, al fin y al cabo, que se vieron libres de las mareas europeas de los fascismos.

En la última década las cosas han ido cambiando algo, aunque un poco tarde si se quiere. Jesús Millán ha llevado y lleva a cabo una meritoria labor de introducción entre nosotros de la obra de J. Kocka, de quien ha considerado necesario publicar una serie de artículos imprescindibles.

bles para dar a conocer algunos presupuestos de la manera de hacer historia de los «Sozialhistorikers» alemanes a los lectores españoles. Poco antes, en el año 2000, junto con J.M. Fradera, había editado un conjunto de textos procedentes del importante y ambicioso estudio comparado sobre las burguesías europeas en el siglo XIX, cuyos tres tomos fueron publicados en Alemania en 1988, con textos del propio Kocka, de Heinz Gerhard Haupt y otros autores.¹⁰

Va existiendo pues, algo tardíamente, una cierta recepción de los autores clásicos de la Sozialgeschichte, de algunas de sus obras, fragmentadas por lo general. De Jürgen Kocka, nacido en 1941 en los Sudetes y víctima en su día de limpieza étnica, punto de referencia obligado desde los años 80, se han traducido también artículos en las revistas *Historia Social*, *Historia Contemporánea*, *Recerques*, *Revista española de Investigaciones Sociológicas*, *Estudis d'Historia contemporánea del País Valencià*, por lo que dista bastante de ser un desconocido entre los historiadores españoles, aunque solo desde los años noventa, por lo general. Y también se van difundiendo las investigaciones de una generación más joven de historiadores alemanes formada por los «seniores» de la Sozialgeschichte: las de Lügder Mees sobre el nacionalismo vasco, de Henrike Fesefeldt sobre historia del sindicalismo ugetista, etc.¹¹

Otro asunto es el de la influencia concreta que hayan tenido los «Sozialhistorikers» en la práctica historiográfica concreta. De entrada, parece razonable afirmar que la historiografía española reciente va mirando más a Alemania y a la historiografía alemana, sobre todo desde fines de los noventa, cuando se replantea la memoria de la guerra civil y

¹⁰ Jürgen Kocka, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002; José María Fradera y Jesús Millán, *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política, cultura*, Valencia, PUV, 2000. Heinz Gerard Haupt codirigió en el Instituto Europeo de Florencia la tesis doctoral de Xosé Manoel Nuñez Seixas, otro historiador buen conocedor y usuario, y en este sentido introductor, de la historiografía alemana actual en la historiografía española, y cotutela en estos momentos la investigación doctoral de Gustavo Alares sobre «Las políticas de la Historia en España durante el régimen de Franco (1939-1978)». Recientemente se ha traducido al castellano el libro editado por Heinz Gerhard Haupt y D. Langeswiesche, *Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionales en los siglos XIX y XX*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010. Para la situación de la relación anterior al año 2000 entre ambas historiografías se puede consultar el artículo de Fernando Sánchez Marcos sobre «La influencia de la historiografía germánica en España en el decenio 1990-1999», en *Actas del II Congreso Internacional Historia a Debate*, vol. I., Historia a Debate, Santiago de Compostela, 2000, pp. 129-138.

¹¹ J. Kocka, «Los artesanos, los trabajadores y el estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán», *Historia social*, 12 (1992); Lügder Mees y otros, *El Péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco I, 1895-1936*, Barcelona, Crítica, 1999. La tesis de Henrike Fesefeldt, dirigida por Pühle en Bielefeld, *Die Entstehung der sozialistischen Gewerkschaften in Spanien 1888-1923*, Dietz Verlag, 2002, ha dado lugar a diversos artículos en revistas españolas, entre ellos: «Del mundo de los oficios a la lucha de intereses: la UGT, 1888-1923», *Ayer*, 54 (2004), pp. 71-96.

del franquismo, y su historia, desde el momento en que se coloca en el centro del escenario la memoria y la historia de las víctimas.

Pues un par de décadas antes, allí, y sobre la consistente tradición disciplinar de la ciencia histórica alemana, el motor cultural intelectual de esa generación de historiadores sociales había sido la reflexión sobre la quiebra de la civilización que habían vivido en la infancia y de la que, a diferencia de sus padres, querían hablar y querían explicarse. Aquí radicaba la preocupación central que movía su interés por la historia, de modo que aquella historia social que construían no podía ser ajena a la política, dado el carácter prioritario y absorbente del nazismo como punto de referencia. G. Iggers escribe que ya Wehler se enfrentó a la pregunta sobre las raíces del nacionalsocialismo en la estructura política y social de Alemania: «una pregunta clave de la Sozialgeschichte fue el plantearse el porqué y el cómo los nazis llegaron al poder» lo cual hubiera podido ser en su momento, como viene siendo hoy de modo más visible, una buena guía para la historiografía española desde finales del pasado siglo XX. Por otra parte, el análisis histórico a medio plazo insiste hoy en que para la sociedad española en la época contemporánea las mediaciones estructurantes más significativas fueron unas relaciones sociales agrarias que llevaron consigo procesos de subordinación e integración política e ideológica de un extenso campesinado parcelario y otros grupos sociales... unos procesos no muy diferentes de los experimentados desde las últimas décadas del XIX en la Alemania guillermina, los cuales constituyeron los temas que también resultaron prioritarios para los Sozialhistorikers de los años setenta.¹²

Como ha advertido J. Millán la pensión al debate político y moral, a la síntesis conceptual, los análisis comparativos, han caracterizado la producción historiográfica alemana de las tres últimas décadas, una historiografía social crítica con voluntad también de dirigirse a la opinión pública, no solo académica, con vocación de asumir el difícil pasado y trasladar a la ciudadanía esta asunción; una actitud y una función que son más próximas a las problemáticas más recientes de los contemporaneístas españoles, conocedores y atentos a los grandes debates de la historiografía alemana, la «Historikerstreit» de los años 80, el debate sobre el «Sonderweg» de la nación alemana (Wehler-Nipperdey), la polémica sobre la obra de Goldhagen de los años noventa, las más actuales discusiones sobre políticas de la memoria, monumentos, musealización, etc.¹³

La primera genealogía y definición del concepto de «uso público de la historia» («öffentlichen Gebrauch der Historie»), como es conocido,

¹² J. Millán, «El contexto de la historia social crítica en la Alemania contemporánea», presentación a J. Kocka, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 11-40; George G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books, 1998, p. 65.

¹³ Vid. W. Bernecker y S. Brinkmann, *Memorias divididas*, Abada, Madrid, 2009.

procede del filósofo alemán Habermas quien, en 1986, y en un artículo publicado en el semanario de Hamburgo *Die Zeit* (7-XI), en pleno debate entre historiadores, señalaba que las polémicas de la *Storikerstreit* no se centraban en cuestiones teóricas o académicas sino «en el uso público de la historia», expresión con la que dio título al artículo, un concepto que en ese momento, y tal como lo entendía Habermas, debía referirse a «cómo debía asimilarse por la conciencia pública alemana el periodo del nacionalsocialismo», distinguiendo el tratamiento propiamente historiográfico de los especialistas de su utilización en el «espacio público» o la «esfera pública». No deja de ser legítimo adaptar esta formulación, ya clásica y canónica, a un escenario español actual en el que, más de veinte años después, se despliega de modo tan visible –y simultáneamente– tanto la historiografía sobre la república, la guerra civil y el franquismo como, a la vez, los usos públicos o memoriales de estos periodos del pasado reciente colectivo de los españoles.¹⁴

Aquella, ya no tan nueva, historia social alemana ha acabado siendo más conocida, y ocasionalmente tenida en cuenta como referencia, aunque su difusión y recepción ha sido algo irregular y tardía. Se iba difundiendo en la historiografía española a la vez que las alternativas a la misma, más abiertas, desde la «Alltagsgeschichte» a influencias antropológicas que sociológicas. Artículos programáticos de Alf Lüdtke se publicaron en las principales revistas de historia española, al igual que algunos textos y libros de Hans Medick fueron pronto traducidos y publicados en editoriales barcelonesas.¹⁵

Las revistas y las editoriales españolas, desde la atención a la historia de las mujeres, se hicieron eco tempranamente también de las primeras y principales investigaciones y obras de la «Frauengeschichte» publicadas en Alemania. Gisela Bock, traducida ya en 1991 en *Historia Social*, siempre ha constituido una referencia central para los estudios de género hechos en la universidad española, especialmente en aquellos que tratan el tema de las mujeres sobre el franquismo, pues sus investigaciones originales se centraron en el papel de las mujeres durante el nazismo.¹⁶

En general ha habido más interés por traducir al castellano las obras de teoría histórica que aquellas que reflejan una práctica historiográfica

¹⁴ Juan José Carreras y C. Forcadell (eds.), *Usos públicos de la Historia*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

¹⁵ Alf Lüdtke, «Sobre los conceptos de vida cotidiana, Articulación de las necesidades y conciencia proletaria», en *Historia social*, 10 (1991); «De los héroes de la resistencia a los coautores “Alltagsgeschichte” en Alemania», *Ayer*, 19 (1995); Hans Medick, «Els missioners en la barca de remos? Vies de coneixement etnològic com a repte per la història social», en Agustí Colomines y Vicent S. Olmos, *Les raons del passat*, Catarroja, Barcelona, 1998.

¹⁶ Gisela Bock, «La historia de las mujeres y la historia del género. Aspectos de un debate internacional», en *Historia Social*, 9 (1991), pp. 55-77; *Maternidad y políticas de género*, Madrid, Cátedra, 1996.

concreta, de ahí que el primer libro de J. Kocka publicado entre nosotros tratara sobre su temprana reflexión (1977) sobre el propio concepto de «Historia Social»,¹⁷ por no hablar de las obras clásicas de Gadamer o Koselleck, que cuentan por lo general con buenas traducciones y ediciones, y con una influencia más visible, como se puede observar en el caso de Koselleck, en la práctica de los historiadores españoles, una influencia que se dejó sentir antes entre los politólogos y especialistas en historia de las ideas políticas.

La historia conceptual («Begriffsgeschichte») que tanto contribuyó a configurar Reinhardt Koselleck (1923), desde Heidelberg primero y desde Bielefeld después, sí que ha tenido una difusión más sistemática y una influencia más visible en la historiografía española. Koselleck está bien editado y traducido: desde su mismísima tesis doctoral presentada en Heidelberg en 1954 y publicada en alemán en 1959, recientemente traducida al castellano, hasta su fundamental *Futuro pasado* (Surkhamp, 1979), donde se encuentran las claves teóricas de esa historia de los conceptos, especialmente en las reflexiones específicas del capítulo sobre «Historia conceptual e historia social», las bases teóricas que llevaban a la elaboración del monumental diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, editado entre 1972 y 1992 bajo la dirección de Conze, Brunner y Koselleck, donde se profundiza en la relación entre historia de los conceptos e historia de la sociedad.¹⁸

Un buen introductor de Koselleck, aunque no el único ni el primero, ha sido Javier Fernández Sebastián, desde la perspectiva de las ciencias políticas, y los dos volúmenes del *Diccionario político y social del XIX y del XX español* que ha dirigido junto con Juan Francisco Fuentes manifiestan un buen eco teórico y metodológico de esa fértil propuesta, surgida de las mismas raíces de la historiografía alemana, de combinar la constitución lingüística de la realidad social con la huella que la experiencia y la historia dejan en el lenguaje, de comprender los conceptos y su evolución semántica como depósitos de la experiencia y resortes para la acción, como cruces entre los «horizontes de experiencia» y los «horizontes de expectativa».¹⁹

¹⁷ J. Kocka, *Historia social, concepto, desarrollo, problemas*, Alfa, Barcelona, 1989.

¹⁸ R. Koselleck, *Critica y crisis, un estudio sobre la partenogénesis del mundo burgués*, Trotta, 2007; anterior fue la traducción de *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993; también *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001. Un balance completo y reciente sobre la presencia de Koselleck entre nosotros es el n.º 23 de la revista *Anthropos*: «Reinhardt Koselleck. La investigación de una historia conceptual y su sentido socio-político», Barcelona, 2009.

¹⁹ Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español y Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2002 y 2008.

Se puede sostener la opinión de que la explicación de esa buena recepción de la historia conceptual se encuentra, en parte, en la escasa simpatía, cuando no desconcierto, que muestran por lo general los historiadores españoles ante el giro lingüístico, algo que procede de otras tradiciones filosóficas o filológicas y no de las propiamente historiográficas, como es el caso de los historiadores alemanes. Frente a las formulaciones más radicales del giro lingüístico, especialmente, la «*Begriffsgeschichte*» constituye un buen muro defensivo que, subrayando la importancia del lenguaje, retiene su historicidad y que, además, procede del mismo corazón de las mejores tradiciones disciplinares de la ciencia histórica, y no de modas ajenas de estudios culturales más o menos improvisados y que no necesitan tener en cuenta tradiciones teóricas e historiográficas.

Podemos proponer la conclusión de que una evaluación de la recepción e influencia de la historiografía alemana en la práctica de los historiadores españoles a lo largo de las tres décadas últimas debería hacerse siguiendo tres líneas principales de análisis: una de ellas ha de seguir el conocimiento e influencia de los métodos y propuestas teóricas de la «*Sozialgeschichte*», o de sus críticos posteriores, lo cual afecta teórica y metodológicamente a determinadas prácticas historiográficas concretas; en el territorio, más actual y reducido, si se quiere, de la historia conceptual y del lenguaje se reconoce con más visibilidad la orientación y presencia de la historiografía alemana; por último, también existe una influencia clara y directa en otro ámbito, más sectorial temática o disciplinarmente, como es el de la Historia de la Historiografía.

La historia de la historiografía pretende constituirse en una subdisciplina con perfiles y personalidad propios, y su obra de referencia más importante para los historiadores españoles que la cultivan ha sido la del historiador alemán, también estadounidense, Georg G. Iggers (Hamburgo, 1926), cuya autobiografía intelectual ha sido traducida recientemente. Su obra sí que ha tenido un eco muy explícito y visible en estos estudios desde mediados de los años ochenta. Su libro de 1992 *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* fue traducido casi inmediatamente en 1995 por la editorial Labor, disponiéndose de una edición en castellano incluso anterior a su traducción inglesa. Iggers ha sido visitante asiduo en las universidades de Navarra, Barcelona, y varias latinoamericanas.²⁰

Juan José Carreras (La Coruña, 1928), de formación alemana desarrollada en el Seminario de Historia de Heidelberg en los años cincuenta y

²⁰ G. G. Iggers, *op. cit.* También «Comentarios sobre historiografía alemana», en *Revista Digital Escuela de Historia*, vol. I, 3 (2004); junto con su esposa Vilma escribió una autobiografía intelectual compartida: *Dos caras de la historia. Memoria vital de tiempos agitados*, Valencia, PUV, 2008.

sesenta, en estrecho contacto con Koselleck y Conze, con Shieder hijo y con Mommsen nieto, suscitó el interés sobre la investigación en historia de la historiografía desde la universidad de Zaragoza y desde mediados de los años ochenta. Sus reflexiones historiográficas y las de G.G. Iggers no dejan de ser familiares, como producto de personas formadas en una tradición teórica común y que, además, compartían generación e intereses historiográficos.²¹ Contribuyó a promover y suscitar, discretamente, una escuela y aun la propia disciplina de Historia de la Historiografía, que en la Universidad española se ha desarrollado desde visibles matrices teóricas alemanas; propuso y dirigió desde finales de los años ochenta las tesis doctorales de Gonzalo Pasamar y de Ignacio Peiró, y con el tiempo, la Universidad de Zaragoza, junto con las de Bielefeld y Leipzig, han pasado a ser los centros académicos que más han contribuido a la constitución y cultivo de esta disciplina en la Europa continental, una disciplina comparativista e internacionalizada por definición, que dispone de la revista *Storia della Storiografia* editada en Milán desde 1982 (surgida de una Comisión de la Comité Internacional Ciencias Históricas, 1980). Peiró y Pasamar son autores asimismo del primer diccionario de historiadores españoles, publicado en 1996 siguiendo el modelo de obras alemanas similares y anteriores.²²

También la Universidad de Navarra ha prestado atención a estas investigaciones con algunos congresos y publicaciones desde los años noventa, en los que participó el propio Iggers. En este contexto fue muy tempranamente traducido (1993), de uno de los más reconocidos jefes de la escuela alemana de historia de la historiografía hoy, Jörn Rüsen (1938), que se ha jubilado recientemente en la Universidad de Bielefeld, un importante artículo sobre «La historia entre modernidad y posmodernidad. Defensa contra el posmodernismo».²³ Rüsen y su grupo conciben el objeto de la historia de la historiografía como la historia científica de una disciplina científica («Gechichtswissenschaft»), en polémicas y debates desarrollados en torno al año 2000 con las posiciones de Hyden White y su comprensión de la historia más como forma de relato, literatura, arte, en tradición más anglosajona. En este terreno Jörn Rüsen es considerado padre y representante de uno de los dos paradigmas sobre

²¹ J.J. Carreras, «Razón de Historia. Estudios de historiografía», Madrid, Marcial Pons, 2000.

²² Son las tesis doctorales, publicadas algunos años más tarde de su lectura, de I. Peiró, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995; Gonzalo Pasamar, *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991; de ambos autores el *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002.

²³ José Andrés Gallego, *New History, histoire nouvelle, hacia una nueva historia*, Madrid, Universidad Complutense, 1993.

los que avanza la Historia de la Historiografía contemporánea, como escribe I. Peiró, quien también contribuye a introducir y difundir su obra entre nosotros.²⁴ Un camino que conduce a la tesis doctoral de Miquel À. Marín (2008), que reconoce explícitamente que su armazón teórico e interpretativo se basa en la recepción y adaptación al estudio de la historiografía española de la obra de J. Rüsen.²⁵

La Historia de la Historiografía se identifica como un terreno de relaciones e influencias historiográficas concretas y reconocidas. Un balance final de estas conexiones entre la historiografía española y la alemana durante las tres últimas décadas puede subrayar, en primer lugar, que en la edad de oro de la historia social la influencia de los *sozialhistoriker*s germanos fue escasa. Taponada por el éxito editorial y académico de la historiografía británica, fue más tardíamente conocida y, por tanto, solo ocasional o minoritariamente tenida en cuenta como horizonte teórico de referencia. Después, más visible, y más cercana en el tiempo, ha sido la influencia tanto de la «*Begriffsgeschichte*» como de la historia de la «*Gewichtswissenschaft*», que compite ventajosamente con la de otros referentes teóricos británicos en estos ámbitos como pueden ser Skinner o Hyden White. Por otra parte los problemas de asunción de un conflictivo pasado reciente, así historiográficos como públicos y ciudadanos, tienden a aproximar los escenarios alemán y español y el mutuo interés de sus historiadores sobre su historia más actual, a pesar de sus diferencias y de sus distintas cronologías, por todo lo cual la historiografía alemana va siendo menos distinta y distante que hace unas décadas.

Además, y por mirar más lejos, ya no estamos en el mundo de relaciones e influencias entre historiografías nacionales, sino en una red en la que los problemas y temas históricos orientan la investigación y la interpretación desde redes con marcados componentes comparativistas y transnacionales. La «circulación de las historiografías» se plantea hoy en otros términos y escenarios, desde el momento en que el protagonismo de la nación estado en el centro de la narrativa histórica va siendo abandonado.²⁶

²⁴ Jörn Rüsen, «Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración ética de la dimensión ética en la labor del historiador», *Alcores*, 1 (2006), pp. 29-45.

²⁵ Miquel À. Marín Gelabert, *La historiografía española en los años cincuenta. La institucionalización de la escuelas disciplinares 1948-1965*, tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2008, pendiente de publicación.

²⁶ G.G. Iggers, a la hora de repensar su libro de 1992, percibe la necesidad de una aproximación comparativa internacional a las corrientes actuales de pensamiento y escritura histórica: «La historia de la historiografía solo puede escribirse como parte de una historia de la cultura a escala comparativa y global», en «Cómo reescribiría hoy mi libro sobre historiografía del siglo XX», *Pedralbes*, 21 (2001), pp. 15-26.